

JOHN D. MACDONALD

La dorada sombra de
la muerte



La guerra fría tiene episodios que, si no son ciertos, pueden ser creíblemente expuestos como reales. El gran Travis McGee, guapo ex marine, escéptico, duro, castigador, audaz e irresistible, es un soldado norteamericano que llena sus horas de ocio descubriendo misterios, vengando a camaradas y amando a espléndidas mujeres. Su carrera tras los sádicos asesinos que se han apoderado de la colección de estatuillas de oro le hará descubrir, capa tras capa, la más inmunda suciedad. Sin embargo, de aquel sórdido abono saldrá, al final, la flor de la virtud y la honradez.

Travis McGee 5



UNO



La sangre fresca tiene un olor metálico. Huele a cobre recién cortado. Es un olor limpio e impersonal, que sorprende la primera vez que se percibe. Luego cambia rápidamente a un olor fétido, quizá más dulce, al morir las células y cuajar la sangre.

Cuando se trata de la sangre de un extraño siempre se desencadena el instinto atávico de retirada, de rechazo ante cualquier clase de complicación. Cuando se trata de la sangre propia, uno quiere descubrir la gravedad de la heri-

da y se convierte en un gigantesco oído interior, esperando el desmayo, preguntándose si está cerca el momento en que perderá el conocimiento y se hundirá en un enorme vacío rugiente y devorador. Por favor, todavía no. Estas son las eternas palabras. Por favor, todavía no.

Cuando se trata de la sangre de un amigo...

Es posible que diga, por favor todavía no... pero probablemente se hunda en ese abismo rugiente que todo lo devora y hace desaparecer...

La estación era soberbia por lo que se refería a las muchachas que había en las playas de Lauderdale. Hay años buenos y malos. Ese, todos estábamos de acuerdo, era un año de buena cosecha. Florecían por todas partes como un jardín salvaje. Ese año había un género especial de muchacha, un tipo particularmente esbelto, con cabellos veteados y naricillas enrojecidas por el sol, ojos perezosos cuyo color iba desde los tonos más claros a los grises y azules muy oscuros, gatas que bostezaban afectando un aburrimiento desmentido muchas veces por la expresión de interés y diversión que se reflejaba en sus facciones, muchachitas que sonreían en lugar de reír, y que mostraban una extraña tendencia gregaria a reunirse en pequeños grupos de tres, cuatro, y a veces hasta cinco. En este año abundaban en nuestras playas como almejas, ofreciendo una cosecha que si no se aprovechaba a tiempo, un tiempo a veces demasiado corto, y por corto triste, muy pronto desaparecería Dios sabía donde.

En una tarde brillante, fresca y sin nubes, en la que soplabla el viento de febrero, Meyer y yo disponíamos de una media docena de ellas, casi dormitando sobre cubierta, tendidas aquí y allá, totalmente embadurnadas de aceites para protegerse del sol, bajo el toldo de plástico de mi embarcación *The Busted Flush*, amarrada casi permanentemente en el muelle F-18, de Bahía Mar, Fort Lauderdale. Meyer y yo jugábamos a las cartas. El hombre estaba disfrutando mucho más que yo. Meyer parece el doble del

hombre paleolítico que se exhibe en el museo de Historia Natural. Meyer tiene más vello y pellejo que cualquier oso polar, pero puede bajar a la playa y reunir en seguida a un grupo de encantadoras muchachas a su alrededor lo mismo que podría hacerlo el carrito de los helados con los niños. Meyer llama a las muchachas «bombones». Así se ahorra confusiones. Jamás se le ve a solas con una. Vive solo a bordo de un yate chato y pequeño, y es economista de profesión. Predice tendencias. Ganó cierto dinero a costa de algunos sacrificios, y desde entonces se las arregla muy bien para hacerlo aumentar, moviéndolo de aquí para allá. Por otra parte, escribe complicados artículos para periódicos incomprensibles. Siempre he tenido la impresión de que nadie lee esos periódicos.

A intervalos razonables, uno de los «bombones» bajaba la escalerilla y regresaba al cabo de un rato con un par de latas de cerveza fría procedentes de mi refrigerador de acero inoxidable. Las latas de cerveza que compro son siempre de esas que vienen provistas de una orejeta metálica para tirar de ella y abrirlas con suma facilidad. Miras la orejeta, te sumes en profundas reflexiones acerca del progreso, la publicidad, la vida moderna, etcétera, y luego vuelves la lata boca abajo y terminas abriéndola con un abridor. Es una especie de ceremonial de libertad.

Justamente cuando Meyer estaba ganándome una baza, tarareando en voz baja, y haciendo muecas de puro gozo, oí sonar mi teléfono. Me sorprendió. Creí que lo había dejado casi descolgado, en la posición que suena para quien llama desde el exterior, pero no para uno. Y ésta es otra clase de libertad. Todavía tengo que encontrar a una mujer que haya llegado a esa fase.

Quizá si Meyer no hubiese estado haciéndome en aquel momento una faenita desagradable habría dejado sonar el teléfono indefinidamente. Pero bajé al salón y contesté con un gruñido completamente impersonal.

—¿McGee? —preguntó la voz—. ¡Eh..., McGee! ¿Es Travis McGee?

Hundí un dedo en mi mejilla izquierda y respondí:

—Cuido de sus cosas mientras él está fuera.

La voz me resultaba vagamente familiar.

—McGee, amigo, ¿es que estás sordo?

Entonces reconocí la voz definitivamente. Había pasado mucho tiempo. Era la voz de Sam Taggart.

—¿Dónde diablos estás? —pregunté—. Y ¿cuánto tiempo tardarás en llegar aquí?

La voz se perdió durante un momento y luego volvió a escucharla claramente:

—... Demasiado lejos para llegar ahí en los próximos nueve minutos. Espera un momento... Miraré lo que dice un cartelito que hay colgado en esta cabina... Waycross, Georgia. Escucha, llevo mucho tiempo sentado al volante y estoy muerto de cansancio. Y he pensado que si no estabas ahí, ¿qué diablos haría?

—Pues aquí estoy. De forma que métete en la cama antes de que mates a alguien.

—Trav, necesito ayuda.

—Todo el mundo la necesita.

—Escucha. Te hablo en serio. ¿Todavía... trabajas en lo mismo de antes?

—Solamente cuando necesito dinero. Ahora mismo estoy dando una buena dentellada a mis ahorros, Sam. Ven pronto por aquí. Este año las muchachas son algo fantástico, te lo aseguro.

—Hay mucho dinero en el asunto que tengo entre manos.

—Será mucho más agradable decirte no en persona. Y a propósito, Sam...

—Dime.

—¿Hay alguien en particular con quien quizá quieras que yo me ponga en contacto?

Nada más que para decirle que estás de camino hacia aquí...

La pregunta llevaba dinamita y era tan sutil como golpear a alguien en la boca con un zapato. Yo esperaba una larga pausa y la hubo.

—No bromees —replicó Sam al cabo de unos segundos.

—¿Y si no fuera una broma, Sam?

—Tiene que serlo. Si ella tuviese una pistola me mataría. Lo sabes bien. Ella también lo sabe. Y yo, por supuesto. ¡Puñeta!, sabes que ninguna mujer, especialmente una mujer como Nora, puede aceptar una cosa así. Me descalifiqué yo mismo para siempre. Escucha, sé lo que perdí en ello, Trav. Además, una muchacha como ella no se quedaría tirada por ahí... después de haber transcurrido tres años. No bromees, muchacho.

—Todavía anda por aquí, Sam. ¿Acaso le has dado alguna vez la oportunidad de perdonarte?

—Nunca lo haría. Créeme que jamás lo haría.

—No seas estúpido, Trav.

—¿Por qué no, Sam?

—Sigues bromeando.

—Ella no está cosida a nadie. Al menos no lo estaba hace dos semanas. ¿Por qué sus razones no habrían de ser las mismas que las tuyas?

—Déjalo ya. Se me hace difícil pensar. Ya te he dicho que estoy muerto de cansancio.

—No es preciso que pienses. Todo cuanto debes hacer es sentir, Sam. Ella querrá verte.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy el propietario del hombro sobre el que ella lloró..., ¡estúpido cabrón!

—¡Puñeta... qué ganas tengo de verla!

—Sam, me parece que la harías pedazos si te presentaras por las buenas. Permíteme que la prepare yo antes, ¿eh?

—¿Realmente sabes lo que vas a hacer, McGee?

—Sam, dulzura. Llevo tres años tratando de localizarte.

Sam guardó silencio nuevamente. Luego le oí suspirar.

—Tengo que dormir. Escucha, estaré ahí mañana por la tarde. ¿Qué es mañana...? ¿Viernes? Lo que haré será buscar una habitación...

—Ven directamente a mi flamante barco.

—No. Eso no sería nada inteligente..., por razones que te explicaré cuando te vea. Y tengo que hablar contigo antes de ver a Nora. Lo mejor es que le digas que llego el sábado, Trav. Ahora no me hagas preguntas. Por favor, haz lo que te digo. Yo... necesito ayuda. Te telefonaré otra vez en cuanto encuentre alojamiento.

Después de colgar busqué el número de teléfono de la tienda de Nora Gardino. Una muchacha me contestó empleando un tono excesivamente lánguido y a continuación me puso en comunicación con la señorita Gardino.

—¡El célebre McGee! —exclamó con ironía y placer—. Veamos..., permíteme intuir... Quieres algo de la talla ocho o diez, algo con encajes, caro, y en paquete de regalo.

—No, esta vez quiero a la patrona. Envuelta para regalo. Pero en lugar de que me enviéis el paquete, pasaré yo a recogerlo personalmente. ¿Te parece bien a las siete? Ginebra, vino, baile, conversación provocativa...

—¡Oh..., prometí a mi contable que...!

—... poca luz...

—Pero no tengo más remedio que...

—... intimidad...

—Entonces a las siete. Pero, ¿para qué? Sabes que me agrada; pero, ¿para qué, Trav?

—Porque un McGee jamás abandona.

—¡Vaya! Ahora va a resultar que andas detrás de mí todos los minutos del día, ¿eh? Incansable McGee. Una vez al año, con terrible regularidad, vuelves loca a una pobre chica, sin darle ocasión ni a respirar. Pero... que sea a las siete y media, ¿te parece bien?

Regresé a cubierta y perdí una baza más. Perdí también la siguiente partida, mientras las chicas vitoreaban a su ídolo. Perdí finalmente catorce dólares con cuarenta centavos y los pagué. El aire se había hecho más frío y el sol parecía calentar apenas. Los «bombones» descansaban tranquilamente.

—Toma —dije a Meyer entregándole el dinero—, inviértelo en algo que tenga futuro. Olvida tus manías de intelectual. No estaría mal que lo gastases, por ejemplo, en un proyecto de cepillos eléctricos para el pelo.

Meyer sonrió y observó a su rebaño.

—Con tu dinero, McGee, prefiero ser más vulgar. Lo que haré será lo siguiente: Cuando llegue la hora enviaré a un «bombón» para que lo invierta todo en almendras, pipas de girasol, jengibre azucarado y alguna cosilla más, y nos lo llevaremos todo abajo, al interior de este trasto de lujo decadente que aún flota, y pondremos todos tus discos y cada cual mentirá como buenamente pueda.

—Tengo una cita.

—¡Vaya...! —murmuró Meyer lanzando una ojeada a sus «bombones» para contarlos rápidamente.

Al cabo de una breve pausa dijo:

—Queridas mías, veo que sois siete. Aquellas de vosotras en las que se pueda confiar para ser acompañadas por un joven amable y guapo, atento y respetuoso, que levanten la mano. ¿Tres...? ¡Ah, cuatro..., espléndido! Pues bien, tomad todas vuestros albornoces, zapatillas y bolsas de playa y retiraos, vestíos no muy formalmente, recoged a vuestros jóvenes y todos nos encontraremos en el Bill's Tahití a las siete.

Las muchachas abandonaron mi embarcación, lanzando pequeños grititos de pájaro, sonriéndonos, y ya en el muelle, mirando hacia atrás para saludarnos brazo en alto.

Meyer se apoyó en la barandilla de la borda y murmuró apasionadamente:

—Son todas un auténtico confite.

—Es una bonita formación. Las tienes bien adiestradas.

—Son el producto típico de la cultura regimentada que se va imponiendo, muchacho. Las actividades en grupo les hace sentirse seguras, con una meta común y bien adaptadas. Yo soy, en sus vacaciones, el director de recreo. Abandonadas a sus propios recursos, en vacaciones, se convertirían muy pronto en muchachas intranquilas, amargadas, pendencieras y aburridas. Lo pasarían mal. Cuando regresen a ese aburrido estado de vida llamado oficina guardarán como un tesoro el recuerdo de haberlo pasado maravillosamente bien. El mundo occidental, mi querido McGee, se está convirtiendo en un enorme yate, y escasean los patrones.

Meyer se detuvo y me dirigió una mirada hosca, añadiendo:

—Tras esa llamada telefónica aún has jugado peor.

—Era un viejo amigo.

—Con problemas, sin duda. McGee, esa expresión de viejo amigo también se está perdiendo rápidamente. En nuestro valiente nuevo mundo no habrá más que nuevos amigos. Todos los días los habrá nuevos, imposibles de distinguir, con la misma sonrisa estereotipada, la misma ropa y los mismos desodorantes. Y todos dirán exactamente las mismas cosas. Todo ello reducirá el esfuerzo que ahora se dedica a las relaciones interpersonales. Por lo que he observado en estos últimos tiempos, sospecho que todas las hembras podrían llamarse Carol, y todos los varones Mark.

Meyer descendió a continuación por la escalerilla de la cubierta superior y se alejó por el muelle hacia su pequeño y feo yate amarrado a un muelle cercano. En su casco, con decorativos caracteres dorados se leía el nombre de la embarcación: *John Maynard Keynes*.

A la hora adecuada, conduje el coche, ya por tierra firme y a lo largo de la calle 17. Desde allí me dirigí hacia el norte hasta la calle donde vive Nora Gardino, en lo que una vez fue el *cottage* del jardinero de una enorme finca. Sola-

mente aquel rincón de los terrenos sigue intacto, flanqueado en ambos lados por el muro original, bordeado éste en su parte superior por amenazadoras puntas de hierro. Cuando penetré en el camino particular las cubiertas del coche aplastaron los castaños cantos rodados, y me pregunté entonces si retrocediendo en el tiempo, a un mundo que ya no comprendíamos, mi vehículo se habría detenido alguna otra vez ante la casa principal de aquella propiedad, mansión ya desaparecida, y reemplazada ahora por un proyecto de construcción de viviendas con jardín. Yo conduzco un «Rolls» del año 1936, uno de los modelos más grandes de la casa. Algún propietario anterior, al parecer, aplastó su parte posterior y buscando utilidad en el coche lo convirtió en una especie de camioneta para entregas a domicilio. Otro propietario debió aplicarle su horrendo color azul que tan buen juego hace con el tono de los cabellos de una profesora que tuve una vez en el colegio de segunda enseñanza. Y así bauticé el coche con el mismo nombre de aquella profesora: «Señorita Agnes». El vehículo tarda mucho en cobrar velocidad, pero cuando lo consigue puede permanecer el día entero lanzado a ochenta y tantas millas por hora y sin hacer el menor ruido... Entonces no se oirá más que el viento y si acaso el suave chirrido de las cubiertas sobre el terreno. Evidentemente, la «Señorita Agnes» hace honor a su otro nombre por muchos años que pasen.

Mis faros iluminaron la parte posterior del pequeño «Sunbeam» de Nora aparcado un poco más allá de la curva del camino. Me acerqué hasta el porche de la casa y una muchacha me abrió la puerta. Era alta y delgada. Rostro ancho y cabellos color ceniza. Vestía un traje de pana gris con un gran corazón bordado en el centro del pecho. No logré entender bien su nombre, y no es que la muchacha me hablase en voz baja, sino que el nombre en cuestión sonaba de manera extraña, algo parecido a Shaja Dobrak o así. Me invitó a pasar después de haberme presentado y dijo que Nora estaría preparada en seguida. En los ojos azul grises

de la muchacha, aparte de una sonrisa social y cortés, brillaba una pequeña chispa de examen y valoración. Dos gatos siameses que bostezaban sobre un pequeño diván, me dirigieron una mirada muy parecida a la de la chica. La decoración del lugar había cambiado desde la última vez que visité la casa. Ahora aparecía en tonos oro y gris, con pince-ladas de blanco y azul pálido. Era una habitación que, aunque pequeña, resultaba acogedora y muy agradable. La muchacha me preparó un trago y me lo sirvió. Al mismo tiempo, ella tomó su vaso y se sentó en un sillón, frente a mí, encogiendo ambas piernas bajo su cuerpo. Me dijo que hacía siete meses que trabajaba para Nora, y que vivía en el *cottage* desde hacía cuatro. La muchacha era extraordinariamente atractiva, cortés en sus modales, graciosa y de-notaba en general un estilo muy propio.

Al cabo de un rato apareció Nora apresuradamente y yo me puse en pie para sujetarme al clásico ritual del ligero apretón de manos y el amistoso beso en la mejilla. Nora es una mujer morena, esbelta, llena de vitalidad, con ojos negros muy vivaces, quizá con demasiada nariz y poca frente. Su voz es casi abaritonada, su figura soberbia y las piernas extraordinarias. A pesar de la fuerza de sus rasgos, de sus modales bruscos y maneras impersonales, es una mujer muy provocativa, que irradia enorme calor femenino.

Lucía un vestido de color vino, o quizá acerezado oscuro, una estola de piel, cabellos negros maravillosamente bien peinados. Tacones altos, y pequeño bolso de mano, boca bien trazada en rojo fuerte y, en sus ojos, una sonrisa de día de fiesta. Me pareció que estaba más delgada al observar sus mejillas un tanto hundidas.

Nos despedimos de la sonriente Shaja dándole las buenas noches, y cuando salimos Nora dijo:

—Hace tanto tiempo que no he salido con nadie que me siento prácticamente una muchachita de quince años.

—Bien. ¿Mi coche o el tuyo?

—Trav, deberías recordar que jamás he despreciado a la «Señorita Agnes». Se quedaría aquí muy aburrida y triste.

Tras haber cerrado la portezuela derecha, tomé asiento ante el volante y ella añadió:

—Siento mucho tener que molestarte, Trav, pero me he dejado sobre la mesa de despacho una carta que me gustaría que saliese esta noche. ¿Te importa...?

—Por supuesto que no...

Y cuando salimos finalmente de la calzada añadí:

—Te suponía una solitaria ama de casa.

—¿Te refieres a Shaja? Es una joya. Ahora estoy dándole un impulso a la tienda con objeto de que esa muchacha pueda ir poco a poco participando en los beneficios. Es la única persona que he encontrado en mi vida digna de confianza en ese sentido; se puede confiar en ella totalmente. O se puede vivir en su compañía. Posee un sentido muy preciso de la intimidad personal, la sinceridad, la honradez, y..., reacciona ante las cosas y los hechos exactamente igual que lo hago yo. Nos llevamos perfectamente, sin discusiones ni confidencias de colegialas. Y las dos somos tan limpias como los gatos. Nada de cabellos en el lavabo, ni restos de comidas en los platos. Y así las cosas marchan bien. Está casada con un hombre mucho más viejo que ella. Recibe dos cartas al año. Está en una prisión húngara. Aún le quedan cuatro años de cárcel, creo, y luego tendrá que enfrentarse con el problema de encontrar la forma para sacarle de aquel país y traerle aquí, pero ella tiene una gran confianza en que todo saldrá bien. Es una muchacha auténticamente maravillosa en la tienda. Si una mujer duda entre algo que sea terriblemente caro y algo que le conviene o le sienta bien, Shaja pone en juego su pequeño truco de alzar una ceja una fracción de segundo y suspirar hondo en forma completamente inaudible. Nos va bien a las dos. Y..., ¿cómo te va a ti, Trav?

—Bien a medias.

—Estuviste fuera durante mucho tiempo, ¿verdad? Traté de ponerme en contacto contigo a causa de algunas pequeñas cosas que surgieron. Creo que te hubiesen divertido.

—Regresé en Navidades. Emocionalmente convaleciente, o algo por el estilo. Con la moral hecha polvo.

—¿Algo fuerte?

—Salí de ello con un poco de dinero y nada más en absoluto, excepto mis ataques nocturnos.

—¿Qué diablos es eso?

—Tratas de conciliar el sueño y de repente te sientes como un pez fuera del agua y comienzas a temblar. De forma que bebes un trago de algo y pruebas a dormir otra vez. Pero ahora pienso descansar. Meses, Nora.

—¿Hasta que el dinero baje?

—Bien. ¿Vas a soltarme el disco sobre la ambición, la seguridad, y la obligación que todos tenemos de usar el talento que Dios nos ha dado y todo lo que sigue?

—No, querido. Esta no. Ni creo que jamás vuelva a hacerlo. Eres incorregible.

Aparqué el coche frente a su tienda. Está situada en el mejor lugar del centro comercial, un lugar lleno de diferentes pasos a nivel, con paseos, zonas verdes, música moderna, y una miríada multicolor de anuncios en neón de nombres nacionales archiconocidos. Las dos muñecas que oficiaban de maniquíes en el escaparate se recortaban sobre el fondo de unas débiles luces que brillaban en la tienda. Sobre la amplia luna del escaparate aparecía artísticamente trazado el nombre de Gardino. Acompañé a Nora mientras ésta abría la puerta y luego permanecí inmóvil en el interior del establecimiento mientras la muchacha iba a su despacho a buscar la carta. La tienda olía a perfumes y a telas. Arrastrado por un irónico impulso me acerqué hasta el escaparate y apliqué una suave palmada sobre las posaderas de plástico de la maniquí más próxima, cubierta por un ves-

tido de algodón marcado con el precio de 89 dólares. Pensé en lo que Meyer me había dicho y murmuré:

—Creo que te llamas Carol...

Nora regresó rápidamente y sin hacer el menor ruido al pisar la espesa alfombra. Se hallaba detrás de mí sosteniendo la carta en una mano y dijo:

—Siento mucho haber sido tan estúpida...

—¿Cuál es la cosa más cara que tienes por aquí?

—¿Cómo...? Podemos conseguir casi cualquier cosa muy rápidamente para clientes especiales.

—Me refiero a lo que tienes aquí ahora mismo.

—¿Por qué, querido?

—Simple curiosidad, Nora.

—Tenemos unos vestidos maravillosos por novecientos dólares.

—Y dime..., ¿compraría una mujer semejante vestido para complacer a un hombre?

Nora apoyó una mano sobre uno de mis brazos y replicó:

—No seas burro, Trav. Una mujer compra un vestido de novecientos dólares para demostrar al mundo entero que dispone de un hombre dispuesto a gastarse tal cantidad en un trozo de tela. Ese detalle proporciona a la mujer cierto sentido de realización emocional. Vámonos ya de aquí, Trav...

Cuando Nora empujó la puerta para comprobar que quedaba bien cerrada yo dije:

—¿Qué te parece el Mile O'Beach?

—Bien... ¿y el Bahama Room?

—Más tarde..., si tenemos ganas. Pero comer y beber en el Captain's Room.

—¡Magnífico!

Era un lugar muy adecuado para conversar, un pequeño salón semioscuro, alejado de toda alegría comercial, decorado con maderas negras, cuero oscuro, y luces bajas. Tomamos asiento en unos cómodos sillones de cuero y dije a